

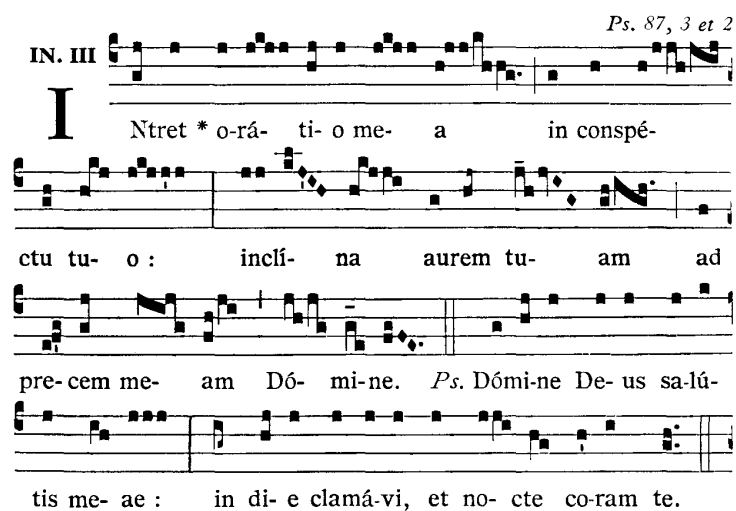
DOMINGO XXXII

(Los tres ciclos)

1. El Introito: *Intret*¹

Ps. 87, 3 et 2

IN. III



I
Intret * o-rá- ti- o me- a in conspé-
ctu tu- o : inclí- na aurem tu- am ad
pre- cem me- am Dó- mi- ne. *Ps.* Dómi- ne De- us sa- lú-
tis me- ae : in di- e clamá- vi, et no- cte co- ram te.

Comentario espiritual

Los Introitos de los últimos domingos del año litúrgico, del Tiempo Ordinario, fueron elegidos dentro de todo el repertorio gregoriano para armar los formularios de las Misas del final del ciclo temporal. Estos Introitos han sido bien elegidos y el mensaje que transmiten es esencial. Este es nuestro caso: el Introito *Intret oratio mea*, que pertenecía al sábado de las Cuatro Témperas de Cuaresma, fue elegido para ser introducido en el repertorio de la liturgia de este Domingo. Es un canto breve pero intenso, que nos toca necesariamente ya que habla sobre la oración, o más exactamente porque es una oración en acción. El Salmo 87 (88 de acuerdo con el hebreo) del que fue tomado, es la súplica dolorosa y conmovedora de un pobre desgraciado que sufre la doble prueba de la enfermedad y soledad, y que no ve el final del túnel. Es, además, el único salmo que termina con una impresión negativa, aparentemente sin espacio para la esperanza. Pero la esperanza y el amor recorren

¹ Comentario hecho por un monje de Triors, traducido y resumido de:
<https://www.hommenouveau.fr/1428/culture/introit-intret-oratio-mea.htm>

todo este poema, de un extremo al otro, y lo convierten en un canto de gran intensidad:

*Señor, Dios mío, de día te pido auxilio,
de noche grito en tu presencia;*

3. *llegue hasta ti mi súplica,
inclina tu oído a mi clamor.*

4. *Porque mi alma está colmada de desdichas,
y mi vida está al borde del abismo;*

5. *ya me cuentan con los que bajan a la fosa,
soy como un inválido...*

15. *¿Por qué, Señor, me rechazas
y me escondes tu rostro?*

Nuestro introito no tiene este carácter dramático. Contiene sólo una súplica general, formulada de dos maneras diferentes: la ascendente: “Que mi oración entre (literalmente: entra) en tu presencia”; y el segundo descendente: “inclina tu oído a mi súplica”. El mensaje de este canto es la oración, que se presenta como un diálogo entre el alma y su Dios. El hombre se eleva dirigiéndose a Dios, y Dios se inclina, como un padre amoroso, para oír a su hijo y escucharlo. El objeto de la oración no es explícito, por lo que podemos decir que realmente es la oración en general lo que se presenta aquí...

... Agreguemos, como los maestros espirituales también enfatizan, que la oración se promete a la oración, es decir, antes de llegar a las cumbres descritas por Casiano, es normal que luchemos y luchemos en el llano. Por nuestra parte, la generosidad y la perseverancia son, por lo tanto, las consignas de la oración. Pero la oración también es un don de Dios. Dios no sólo escucha nuestras oraciones de petición, también nos escucha dándonos hambre y sed por su amor, haciéndonos sentir la necesidad de orar. Podemos decir que la oración es verdadera cuando hemos pasado de la noción de deber a la de necesidad. Así que es el amor el que se ha apoderado de nuestra oración.

Y el diálogo cantado por nuestro Introito se establece de manera provechosa y duradera entre nuestra alma y Dios.

Comentario musical

Este breve Introito consta sólo de dos frases musicales que corresponden a las dos fórmulas de la oración, indicadas y comentadas anteriormente. Es en el modo 3 que el compositor ha construido la pieza, y el carácter aireado y muy flexible de la melodía se presta admirablemente al mensaje entregado por el texto, como veremos.

La entonación es muy simple: un intervalo de cuarta, Sol-Do, impulsa desde el principio la melodía hacia las alturas donde se establecerá a lo largo de esta primera oración, e incluso a lo largo de toda la obra. El DO es la dominante del 3er modo. Esta cuerda será omnipresente: sólo en las 22 notas de la primera frase, ya podemos contar 13 en DO, 4 en LA, 3 en RE, y 2 en SOL. Esta proporción será menos importante en lo que sigue, pero la cuerda DO seguirá siendo mayoritaria, y es significativo que su papel dominante se ejerza especialmente al principio de esta pieza, como para expresar la altitud necesaria de la oración que debe alcanzar a Dios, elevarse no sólo por encima de lo creado que rodea al alma en oración, sino también por encima de los recursos del propio corazón, por encima de la naturaleza humana.

Es exactamente el significado de esta altiva melodía que caracteriza las palabras *orátio mea*, justo después de la entonación. El movimiento debe ser muy ligero y reflejar el vuelo del espíritu que la oración auténtica alcanza. Sólo los acentos de *orátio* y *mea*, que deben ser tratados de manera idéntica, moderan este rápido movimiento por su intensidad. La primera cadencia en Sol, en *mea*, daría a esta parte de la oración la impresión de un modo octavo si la ligereza del modo 3 no estuviera allí para hacer que el análisis modal se incline hacia este último, ya que los dos modos tienen sus semejanzas. Es posible, de hecho, unir en la interpretación la firmeza del 8 y la gracia ligera del 3. El resto de la oración confirma lo que se acaba de decir: la melodía, en *conspéctu tuo* se mantiene en las cumbres, entre el SOL que sirve de base y punto de apoyo, y el DO que continúa atrayendo hacia él la mayoría de las notas. La oración

alcanza ahora su punto máximo de intensidad, y el uso del RE en el agudo en *tuo*, es preponderante y muy expresivo: ya no están allí, como de pasada, como sucedió en *orátio* y *mea*, sino que realmente puntúan esta oración que termina en la cuerda superior, en una cadencia muy expresiva sobre el mismo DO con tres notas. Esta segunda parte de la primera frase es un poco más dilatada, pero también más firme. Con ella, la oración toca la meta que es la presencia de Dios, tan necesaria para que seamos escuchados y respondidos. El final de esta oración, en el triple Do, debe ser bien sentido, muy amplio, como si el alma sintiera la necesidad de afirmarse delante de Dios.

La segunda frase responde perfectamente a la primera. Comienza donde terminó la anterior, en el DO. El enganche es perfecto. La oración llegó a su cumbre, arrojada al seno de Dios, y espera descender nuevamente en la lluvia de gracia. La palabra *inclína* expresa este deseo. Estamos allí en la parte más alta de toda la pieza, y llegamos al MI agudo, reforzando musicalmente el acento de la palabra. Este comienzo de la frase es muy vigoroso, muy amplio, pero también muy suplicante, muy humilde. Obviamente no hay arrogancia en este grito al cielo. La cadencia de *inclína* es muy expresiva y muy hermosa, y no hace perder el vigor a la oración de súplica que se remonta otra vez en la sílaba final *inclin-na*, antes de sosegarse un poco y matizar la delicadeza en las siguientes palabras *aurem tuam*. El oído de Dios es su corazón y este ferviente *tuam* busca tocarlo. Su curva melódica, dejando el Do y aferrándose al SI natural, inicia el descenso que seguirá en la última parte de la frase. Por primera vez, ahora, escuchamos el FA y el MI, la Fundamental del 3er modo. Sin embargo, la melodía experimentará una última sacudida muy aireada en *ad precem meamr*. Los grandes intervalos que caracterizan estas dos palabras nos invitan a no apresurar su ejecución. Hay una cierta alegría en esta vocalización, una cierta certeza también de ser respondida, ya que uno ha tocado el corazón de Dios y se ha sido escuchado por él.

La pieza termina con el nombre del Señor (*Domine*), muy cálido, siempre animado, pero que termina en la gran contemplación meditativa del modo de MI. Este alargamiento final es tanto más valioso al terminar esta pieza, llena de ligereza y

descendiendo al MI. En la Dominante queda ubicado el Señor, en la Fundamental, la asamblea de Jerusalén. Por eso el versículo, comenzado en cadencia, tiene la forma de una bendición de Dios sobre los suyos, con la paz y la riqueza de la mejor harina, del mejor pan. Estos dos elementos hacen al centro mismo de la Eucaristía (el Pan y la Paz), aunque no se refieran directamente a la liturgia de la Palabra. Sin embargo debemos recordar que se trata de las últimas Misas del año y que buscan hacer una síntesis de todo el Misterio de la Salvación. Y en este caso la Paz es esa síntesis, es una de las grandes promesas mesiánicas. De hecho en el Introito del próximo Domingo 33 se ingresa cantando: *Ego cogito cogitationes pacis (Yo tengo pensados pensamientos de Paz; Jr 29,11)*. Otros textos característicos de estos Domingos finales son: el salmo 84, del Adviento; el salmo 129 (*De profundis*), también del Adviento; la parábola de las Vírgenes Prudentes; la parábola de los Talentos, la misma mención de Jerusalén (= visión de Paz), etc.

Por eso estamos siempre ante textos que van formando no sólo el final del año litúrgico, sin su plenitud: la Paz. Pero, como lo vimos en el Introito, también las melodías buscan dar este matiz escatológico, dando un colorido propio a sus textos.

Por eso, en primer lugar, debemos resaltar que nuestro *Alleluia* es una renovada a esa alabanza continua, incesante, propia del modo 4, que comenzó con la Misa del Domingo 30 y la presencia del salmo 147, tan fuertemente escatológico en la interpretación de los Padres.

Y, otra vez, la presencia del modo 4 nos lleva a ese clima tan especial de recogimiento y de continuidad, propio de este momento del año litúrgico, que no cesa jamás en la alabanza de las “Maravillas de Dios”, y de su obras providentes (el Pan y la Paz), así como sus pensamientos de Paz.

3. La Comuni3n: *Dominus regit me*

D Omi-nus * re- git me, et ni-hil mi- hi dé-
e- rit : in lo- co pá-scu- ae i- bi me
col- lo- cá vit : su- per aquam re- fe-cti- ó- nis e- du- cá-
vit me.

La Comuni3n canta, otra vez, no sólo a este momento de la Misa de hoy, sino a todo este final del Año Litúrgico: *El Señor es mi pastor, nada me falta*. No hay mejores palabras para expresarle aquello que se ha vivido a lo largo de la celebraci3n anual del Misterio de la Redenci3n obrada por su Hijo hecho carne.

Su primera frase musical sorprende, pues el Señor pastorea descendiendo de la Dominante hasta más allá de la Fundamental, y desde allí lleva nuevamente hacia la Dominante, consigo, hacia donde Él mismo está (la entonaci3n ubica allí al Señor, *Dominus; ibi*). De este modo la melodía, en esta pieza del modo 2, recorre todo el ámbito sonoro, abarcando toda la realidad representada simbólicamente por tetragrama, simbolizando hasta dónde llega el pastoreo del Señor. En ese ámbito “nada” (*nihil*) faltará. La simplicidad del *nihil* se ve reforzada por el insistente *deerit*, que, significando lo opuesto (la nada y el ser pleno = *de-erit*) no dejan nada fuera de la mano del Pastor, del verdadero Pastor del Ser (*de-esse*)². Con dos expresiones negativas (*nihil, deerit*) el salmo logra expresar la totalidad de lo real, de los bienes que puede recibir la oveja del Señor.

Toda la agilidad musical con la cual el Señor lleva consigo, desde abajo hasta las alturas, se hace concreto en la segunda frase musical, con una firme estabilidad en “el

² Es el nombre que da Heidegger al hombre: Pastor del Ser. Con ello buscaba separarse del “nihilismo” subjetivista moderno. Sin embargo el salmista prefiere a Dios como Pastor del Ser y el hombre, como oveja del rebaño, que es su lugar propio y muy lejos de todo “nihilismo”: todo lo tiene en las verdes praderas del Ser, “nada” le puede faltar.

lugar de los pastos” (*in loco pascuae*), donde el cantor es conducido y “establecido”, en un lugar muy firme preparado con una cantidad de notas y detenciones que representan la firmeza y estabilidad de la misma Persona del Pastor.

La última frase musical sigue describiendo los lugares hacia los cuales el Pastor lo sigue llevando, repitiendo las mismas figuras musicales con que fue presentado hasta ahora. Se trata de algo bien firme y consistente como el mismo modo 2. Ahora *las aguas de refección* (*super aquam refectionis*) representan el segundo componente de la vida: el primero era el alimento sólido de los pastos, ahora es la bebida del agua, ambos muy escasos en la tierra del salmista. Estamos otra vez en ese saboreo propio a este momento de la celebración eucarística.

Pero más allá de eso, con esta tercera frase musical la pieza pone de manifiesto claramente la riqueza de su composición, de su estructura. Todo el peso de cada frase recae sobre la expresión final, normalmente un verbo que expresa el pastoreo del Señor. En esta última frase la melodía se detiene en el verbo *educavit me* (*me conduce*). Toda la pieza fue volcando sobre los verbos finales de cada frase todo el peso de su riqueza, ornamentación y solidez, en torno a la Fundamental RE. Los diversos lugares donde el Señor va llevando son secundarios (la Dominante FA) respecto de la seguridad de que el Señor “lleva, no deja faltar, hace reposar, y conduce”. Todas estas acciones del Señor quedan bien afirmadas sobre el RE. El Señor se ocupa con seguridad y firmeza. Y, por eso mismo, por contraposición, queda resaltado el primer verbo, el único que, cargando todo el peso musical de la primera entonación, define todo el obrar del Señor: *regit* (*me conduce*), bien construido en torno a la Dominante, en los agudos. Mientras que el final: *educavit me* cierra la secuencia de acciones del Señor como Pastor, que el salmista queda saboreando recorriendo él mismo, ahora, toda la gama de las obras que Dios que abarca esta pieza con su melodía.